

Anal. Real Acad. Nac. Farm., 2005, 71: 207-237

————— *Necrológica* —————

**Sesión Necrológica en Homenaje al Excmo.  
Señor Don Pablo Sanz Pedrero**



El Excmo. Señor don Pablo Sanz Pedrero nació en Piñel de Abajo (Valladolid), el 30 de junio de 1921. Tomó posesión como Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia, Medalla número 22, con el discurso titulado: «*Desarrollo y alcance de las nuevas técnicas polarográficas*», el día 16 de junio de 1983.

Falleció el día 10 de junio de 2004 en Valladolid. La Sesión Necrológica en su honor se celebró el día 3 de febrero de 2005, presidida por el Excmo. Señor don Juan Manuel Reol Tejada, Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia, en la que intervinieron los siguientes ponentes: Excmo. Señor don Vicente Vilas Sánchez, don José Miñones Trillo, don Manuel Domínguez Carmona y doña M.<sup>a</sup> Teresa Miras Portugal.



## **Don Pablo Sanz, mi profesor**

VICENTE VILAS SÁNCHEZ

*Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia*

Excmo. Señor Presidente, Excmo. Señor Presidente Honorario, Excelentísimas Señoras y Señores Académicos. Excelentísima Señora Doña Mercedes Pastor, viuda de Sanz, familiares, amigos, discípulos, Señoras y Señores:

Nos reunimos aquí, dentro de este marco académico, en esta brillante sala adornada con las galas de rigor, aunque en nuestros corazones y en lo profundo de nuestra mente la sentimos tapizada y orlada de crespones, sumida en un respetuoso silencio, pues el acto que nos convoca es, en sí, muy triste, y nos llena de congoja. Es llorar por la desaparición de un gran amigo para unos, un maestro para sus discípulos, y también un buen compañero para el resto de Académicos, una imprescindible persona para sus familiares. Me refiero a nuestro ínclito Don Pablo Sanz Pedrero, del que vamos a rememorar su persona y dedicarle un cariñoso recuerdo.

Mucho ha perdido, con su desaparición, la Academia, la Universidad, la profesión farmacéutica, como pionero en la Óptica Farmacéutica, un gran analista farmacéutico, etc. Pero de todos, la persona que más ha perdido sois vos, Doña Mercedes Pastor, viuda de Sanz, pues se ha truncado el gran proyecto de vida que emprendisteis, hace casi cincuenta años, de la que soy testigo en la enorme ilusión que teníais cuando me recibisteis en vuestra nuevo domicilio de la calle Galileo, y me prodigasteis tanta amabilidad y atención, y así a lo largo de toda vuestra vida habéis dado la talla de una esposa

ejemplar, llena de proyectos acompañando a Pablo en todo momento, desde Madrid a Santiago, en la Cátedra, en el Rectorado, y de nuevo en Madrid, en la Academia, y por último, soportando con gran entereza y realismo el amargo calvario de su enfermedad, y por último la sabia decisión de retiraros a Valladolid, vuestra tierra de origen, para recogeros en vuestro entorno familiar.

Se lee en el Eclesiastés 24-2. 8-12: «La sabiduría se alaba a sí misma, se gloria en medio de su pueblo, abre la boca en la asamblea del altísimo y se gloria dentro de sus potestades. En medio de su pueblo será ensalzada y admirada en la congregación plena». Esta alabanza que se hace de la sabiduría se presenta como don explícito de Dios a los hombres, pero esta virtud se modela con la meditación, el trabajo y el estudio, es un bien que es dado a todos, pero que hay que consolidar, elaborar y fomentar, para lo cual hace falta una decidida vocación y un esfuerzo permanente. Es lo que he sentido en todos, los que fueron mis profesores y maestros, pues me consta que siempre se esforzaron en acumular conocimientos, para transmitirlos actualizados y haciéndolos asequibles al alumnado. Esto fue para mí el espejo y referente en mi futura vida docente.

Corría el año 1951, cuando llegue a la Facultad de Farmacia, de Madrid, coincidiendo con Amadeo Llano, el que sería mi compañero inseparable durante mi vida de alumno y posterior amistad consolidada en el tiempo. Ambos participamos en el laboratorio de fotografía con Don José Luis Montero de Espinosa como Dibujante de la cátedra y ayudantes de prácticas de la asignatura de Técnica Física, de la que era titular el Profesor Portillo, Académico que fue de esta corporación, y Don Pablo Sanz, adjunto numerario de la misma.

Allí comenzó nuestro contacto con el Profesor Sanz Pedrero, que acababa de regresar de su estancia en Suecia, en el «Kemikun Institut», trabajando en las modernas técnicas analíticas bajo la dirección del profesor Claesson. El director emérito del Instituto y premio Nóbel, Doctor Sveverg, tuvo la gentileza de invitarle junto al Profesor Ortega a una comida de cortesía, que celebró con ambos becarios españoles, en donde tuvieron la oportunidad de conocer personalmente a una figura tan importante de la ciencia.

En Madrid, le vimos dirigir la organización de las prácticas, de la asignatura de Técnica Física, con la colaboración del profesor Señor Bas, en estos momentos ilustre farmacéutico de Santa Cruz de Tenerife, con sus indicaciones pasamos a instalar y montar los grupos necesarios para atender los casi seiscientos alumnos matriculados en la asignatura. Lo que supuso una compleja planificación, casi como una operación de estado mayor. De esta manera nos constituimos alumnos ayudantes y colaboradores, participando además en todos los trabajos que se desarrollaban en la cátedra, lo que fue para nosotros una oportunidad valiosísima en nuestra formación, que habría de marcar nuestra orientación futura.

El Profesor Sanz, siguiendo la trayectoria marcada por el Profesor Portillo en el campo electroquímico de la polarografía, dirigió sus trabajos en esa técnica analítica. Comenzó trabajando con un polarógrafo del antiguo centro Rockefeller, según las técnicas de gota pendiente de mercurio ideada por Heyrosky. Después se adquirió un moderno polarógrafo Radiometer, por el singular aporte que a la investigación hizo el Profesor Don José María Albareda, con cuyas técnicas se hicieron numerosas investigaciones que dieron como fruto importantes publicaciones.

Dirigió numerosas tesis doctorales destacando la del Doctor Don Joseph Benmaman, actualmente profesor emérito en la Universidad de Charlestown en Carolina del Sur, y la de Don Pedro Ramos Rodrigo, actualmente ilustre farmacéutico y óptico con ejercicio en Segovia, y de cuyo Colegio Oficial de Farmacéuticos fue hasta recientemente su Presidente, así como vocal del Consejo General de Colegios Farmacéuticos de España. Don Pablo trabajaba y hacía trabajar a todos los que estaban a su lado, de forma agotadora, sin límite para el descanso, llegaba a primera hora y salía siempre azuzado por los vigilantes Ezequiel y Donato, que cerraban la facultad.

Recuerdo con humor, que cuando se efectuaban unas investigaciones sobre el contenido de metales pesados como plomo, cadmio, etc., en diversos vinos españoles, Don Pablo recibió numerosas muestras para su estudio, originarias de diversas bodegas, y de alguna de las cuales dimos buena cuenta, y no especialmente analítica, sino más bien gustativa. Afortunadamente creemos que no se enteró.

Don Pablo, como le llamábamos los alumnos, tenía un carácter áspero y aparentemente difícil, pero en el fondo le reconocíamos como una muy buena persona. Se manifestaba contundente y claro, como buen castellano, pues nacido en Piñel de Abajo, en el corazón de esa recia tierra castellana, bañada por el Duero y que da los más afamados vinos y los mejores cereales, esta tierra rica y próspera, pero austera y noble, fue la que le modeló como persona exigente pero también condescendiente. Actuaba como el intermediario entre el venerado y solemne profesor Portillo, al que veíamos muy alejado y de difícil acceso, y nosotros.

Don Pablo, por su gran físico, nos imponía respeto, aún lo recuerdo con su gran presencia, cuando iba a dar la clase, le veíamos transitar por el pasillo con la bata abierta y flameante como una bandera al viento, y en su mano, un largo puntero en ristre, cual adarga de un caballero medieval, al inicio de un lance.

Durante el curso nos dio bastante clases teóricas, sobre todo de medidas eléctricas, así como también todas las clases de problemas. Confeccionó un libro de ejercicios prácticos, muy completo, con las descripciones de las experiencias, los métodos operativos, y la relación del material imprescindible, así como con una hoja en cada práctica para la presentación de los resultados y su análisis. Dicho manual constituía un verdadero libro docente de experiencias sobre esta asignatura.

Me viene a la memoria la anécdota de que estando en Zaragoza con mi familia durante las vacaciones de verano, fui a visitar la Facultad de Ciencias, saludando en su despacho al catedrático de electricidad y magnetismo Señor Don Juan Cabrera y Felipe. Me preguntó por la vida en Madrid y por mi Facultad, por la que se tomó mucho interés, aproveché para enseñarle la guía de prácticas, anteriormente comentada, que la ojeó detenidamente y añadió: «Esta es una gran asignatura, deberíamos tenerla en la licenciatura de físicas», esto me llenó de satisfacción por la valoración que hacía personalidad científica tan relevante.

En un viaje de corta duración que nos hizo el Profesor Benman, nos comentó que el Libro de Técnica Física del Profesor Portillo y el de Prácticas de Don Pablo, le habían servido de valiosas

herramientas en la programación y diseño de sus enseñanzas en la Universidad Americana.

Aneas a las enseñanzas oficiales, se organizaron en la Cátedra unos cursos especiales orientados a la formación y actualización de los conocimientos sobre la Óptica Oftálmica, a instancias de numerosos farmacéuticos, pioneros en esa orientación profesional.

Siempre se entendió en la Cátedra que la Óptica Oftálmica era parte de las aptitudes y capacidades de los farmacéuticos, ya que la receta oftálmica emitida por un medico oculista, como prescripción médica, debería atenderse en el ámbito sanitario en la oficina de farmacia, pero para ello lo que faltaba era la formación técnica adecuada. Para cubrir esta ausencia es por lo que se organizaron estas enseñanzas para postgraduados, con la inestimable colaboración de ilustres profesionales, expertos en la Óptica Oftálmica en sus oficinas de farmacia, como Don Tiburcio Ellacuria, Don Ignacio Eguileor, Don Nilo Prieto, Don Ernesto Marco y otros, que colaboraron en las prácticas y experiencias, mientras que del aspecto teórico, en la sección de acústica, se encargó el Doctor Sanz, con el valioso apoyo de sus amistades personales de la casa Philips y mientras que de la óptica lo hacia el Doctor Ortega.

Nosotros, me refiero a Don Amadeo Llano y el que os habla, participamos en todas las actividades, con gran avidez en aprender todo lo que se hacía y enseñaba.

En los siguientes cursos que se vinieron repitiendo durante varios años, participaron otros profesores como la Doctora Doña Isabel Cayre, Don Carlos Areses, y otros profesionales.

Pasaron algunos años, y cambió el escenario de la Facultad. El Profesor Sanz marchó a Santiago como catedrático de Técnica Física y Fisicoquímica, de la que posteriormente fue Rector Magnífico de la misma.

Yo me fui a la Universidad de Barcelona, en donde también se daban unos cursillos de formación sobre Óptica, que había organizado el Profesor Doctor Raurich, en semejanza a los que se daban en Madrid. No obstante los profesionales farmacéuticos reclamaron de sus universidades que se consolidaran de alguna manera estas enseñanzas a la vista de posibles contenciosos.

Recuerdo que Don Pablo me llamó para decirme que un farmacéutico muy afín a estas inquietudes de la ciudad de Granada, el Señor Osorio, sugería que deberíamos visitar la Universidad de París y en su Facultad de Farmacia las instalaciones y los métodos didácticos de estas enseñanzas. Acepté gustoso, nos reunimos en París, donde hicimos acopio de información, libros y equipamiento para lo que sería nuestro futuro diseño de las enseñanzas. Anteriormente ya había estado el Profesor Ortega, recogiendo información y bibliografía en esa Universidad.

Con toda la información adquirida y con la experiencia que ya teníamos, proyectamos la creación de unas Escuelas de especialistas en Óptica-Oftálmica y Acústica Audiométrica para Farmacéuticos. Se diseñó el modelo legal de la creación de las mismas, y se sometió a la autoridad ministerial su aprobación. Hay que reconocer, como ya se ha hecho reiteradamente, el agradecimiento de la corporación farmacéutica a la personalidad de Don Federico Mayor, que siendo ministro no dudó en aceptar estas sugerencias, que se plasmaron en las órdenes ministeriales de su creación.

De esta manera se instituyeron las dos escuelas profesionales de Óptica Oftálmica y Acústica Audiométrica, la de Santiago bajo la quinta dirección de Don Pablo, y la de Barcelona de la que me encargó el Rector, Doctor Don Fabián Estapé.

Estas iniciativas tuvieron una cierta contestación de otras profesiones, por lo que se agruparon los nuevos ópticos farmacéuticos en una asociación que defendiera sus derechos, lo que impulsó la creación de una revista con la cabecera de «Audióptica» como órgano de expresión de nuestras inquietudes. De dicha Asociación se nombra a Don Pablo como presidente de la misma.

Por último comentaré una anécdota ocurrida más recientemente, cuando ya se disponía la familia Sanz a marchar a Valladolid. Fuimos Don Amadeo Llano y un servidor a despedirnos del matrimonio, a su casa, nos recibió Merche amablemente, como siempre, y nos dijo que Pablo estaba durmiendo, le rogamos que no lo despertara, pues por entonces sus facultades cognitivas estaban algo disminuidas, y podría darse el caso doloroso de que no nos reconociera, pero ocurrió todo lo contrario. Se despertó, se levantó y gritó: «pero si son Amadeo y Vicente». Salió y nos dio algo de conversación, cosa



que nos dejó profundamente conmovidos, pues nos recordaba como antiguos alumnos y sobre todo amigos. Cumpliéndose la sentencia de Elbert Hubbard, de que «Un amigo es uno que sabe todo de ti, y a pesar de ello te quiere». Para nosotros, que fue la última vez que le vimos, y nos viene a la memoria la reflexión de Jean de la Fontaine: «La amistad, como la sombra vespertina, se agranda en el ocaso de la vida».



## **Figura de Don Pablo Sanz en la Universidad de Santiago de Compostela**

JOSÉ MIÑONES TRILLO

*Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia*

Excmo. Señor Presidente, Excmos. Señores Académicos, Ilmos. Señores, Señoras y Señores.

Mi intervención en esta sesión en memoria de Don Pablo Sanz se va a limitar únicamente a describir su actividad universitaria desarrollada en Santiago de Compostela, en donde tuve la suerte de compartir con él catorce años de éxitos continuados en esta ciudad, en calidad de su discípulo más antiguo.

Conocí a Don Pablo en diciembre de 1964, con motivo de la oposición celebrada en Madrid para cubrir la plaza de Catedrático de Técnica Física y Fisicoquímica de la Facultad de Farmacia de Santiago. Se trataba de la primera vez que se convocaba una cátedra después de 18 años, tras conseguir el Profesor Otero Aenlle este nombramiento en 1946, precisamente para ocupar el mismo destino en la Universidad de Santiago. Por lo tanto, no es de extrañar que la plaza objeto de concurso estuviese muy concurrida, y que los concursantes fuesen todos ellos de calidad contrastada. Don Pablo se alzó con la misma en legítima competencia, y en enero de 1965 se presenta en Santiago, acompañado de su esposa Mercedes, su *alter ego*. La prensa local anuncia su llegada y en el Salón Artesonado de la vieja Fonseca, verdadera joya del arte mudéjar, pronuncia su lección inaugural ante el Rector de la Universidad, el Profesor Echeverri. Todavía hoy tengo el recuerdo de aquella lección sobre Audiometría, en donde, con toda claridad, nos habló de conceptos tales como

intensidad, tono, timbre, decibelios, síntesis de Fourier, presbiacusia, ultrasonidos, etc.

Se integra rápidamente en la vida social y en el ámbito universitario de Compostela. Al tiempo que se hace socio del Aeroclub, practicando el tenis, primero, y el golf, después, y en donde es miembro activo de la tertulia conocida coloquialmente como la del «Senado», en la que participan profesores universitarios, médicos y otras personas representativas de la sociedad compostelana, se dedica con entusiasmo a su labor docente en la Facultad de Farmacia. Particularmente quiero destacar su enorme preocupación por conseguir que los alumnos disfrutasen de unas prácticas adecuadas a sus enseñanzas teóricas. No obstante, con los escasos medios económicos disponibles en aquella época, la adquisición de nuevos medios materiales para estos menesteres era una auténtica utopía, por lo que la única manera de confeccionar unas buenas prácticas consistía en agudizar el ingenio para lograr de forma artesanal el equipamiento instrumental necesario. Yo admiraba en Don Pablo la habilidad que se daba para fabricar un electrodo de calomelanos o para realizar el montaje de una pila Daniell —con puente salino incluido—, o cómo era capaz de transformar un termómetro roto en un estalagmómetro para la medida de la tensión superficial. En fin, en él se hacía realidad la frase atribuida a Lavoisier de que el hombre de laboratorio debe saber limar con una sierra y serrar con una lima, inculcando esta idea a todos sus colaboradores.

Esta alusión al viejo laboratorio de Fonseca, en donde inició Don Pablo las labores de su Cátedra, sirve de ilustración para resaltar la mejora que supuso el cambio de la sede de la Facultad a las nuevas instalaciones del Campus Sur, gracias a las gestiones de Don Pablo que, por aquel entonces, ya era Decano de Farmacia. Había llegado a Santiago seis años antes, había sido nombrado primer Director-Comisario de la Escuela de Arquitectura de La Coruña y, tras unas competidas elecciones con Don Rafael Cadórniga Carro como oponente, había sido elegido Decano en mayo de 1971.

Todo ello en un período de tiempo relativamente corto y en una Universidad en la que no se había formado. ¿Cómo era posible todo esto? En parte, debido a la hospitalidad de los gallegos, de los que con frecuencia se dice que no se sabe si «suben o bajan la escalera».

En mi opinión esto es así porque cuando se hallan en el rellano de la misma, sin subir ni bajar, es porque en esos momentos se encuentran abriendo la puerta de su casa a los que proceden de otros lugares. Y uno de estos era Don Pablo, que por su dinamismo, su inquietud, su vitalidad, por su forma de llamar las cosas sin dobleces ni retruques y por su trato humano, cordial y afectuoso, despertaba la simpatía y cordialidad hacia su persona, haciéndose acreedor al nombramiento de Decano por todas estas virtudes, sin importar su procedencia. En aquella época en que la Facultad constituía el núcleo que coordinaba la organización docente y la investigación que se llevaba a cabo en las diferentes Cátedras, el Decano se preocupaba, no sólo de organizar las enseñanzas del Centro, sino también de adquirir recursos económicos para el desarrollo de la investigación. En este aspecto, Don Pablo siempre se caracterizó por prestar su apoyo a los Profesores noveles que despuntaban en la Facultad, dotándoles de equipamientos para sus investigaciones y prestándoles toda su ayuda para conseguir metas superiores. Creo no faltar a la verdad si incluyo en este apartado el reconocimiento a Don Pablo Sanz de los hoy en día catedráticos de la universidad compostelana, los Profesores Vila Jato, de Tecnología Farmacéutica; Calleja Suárez, de Farmacología; y Raviña Rubira, de Química Farmacéutica, además, naturalmente, del que os habla y del resto de los actuales catedráticos y titulares de Fisicoquímica de Santiago: Profesores Iribarnegaray Jado, Sandez Macho, Conde Mouzo, Gómez-Ulla y Cid Rey, así como de aquellos que actualmente se encuentran en otras universidades, pero a los que Don Pablo prestó su ayuda y apoyo en todo momento: Profesores López Fonseca, Casado Linarejos, Ríos Fernández, Cachaza Silverio, etc.

Sabiéndose rodear de un buen equipo de trabajo —alguno de sus colaboradores de aquella época nos acompaña en esta Academia, como es el caso del Profesor Antonio Martínez—, Don Pablo marcó un hito en la historia de la Facultad, logrando el apoyo de todos los estamentos: profesores, alumnos y personal de administración y servicios actuaban como un bloque homogéneo, sin fisuras, colaborando todos ellos en el gobierno de la Facultad. Echo de menos, hoy en día, las fiestas que en la Facultad organizaba el Decanato para recaudar fondos para el paso del ecuador o para el viaje fin de carrera y en las que la concurrencia era masiva, reuniéndonos todos

en íntima camaradería durante unas horas inolvidables. Del mismo modo, la fiesta de licenciatura de Farmacia era el modelo en el que se inspiraban las demás Facultades, ya que Don Pablo, con sus buenas dotes de gestor, había conseguido que fuese subvencionada por los Colegios Farmacéuticos de Galicia, tradición que todavía continúa estando vigente.

Para ser enteramente fiel a la realidad, debo decir que la unanimidad a la hora de aceptar las actuaciones de Don Pablo como Decano no fue absoluta, hecho que, por otra parte, resulta positivo, pues todos somos conscientes de los peligros que conllevan las adhesiones inquebrantables y las unanimidades absolutas. En este sentido, tengo que indicar que existía un viejo colega de Don Pablo que discrepaba de él de una manera evidente (a decir verdad, discrepaba de todos) e, incluso, diría que tenía a gala demostrar públicamente tal actitud, puesto que cuando subía a la tarima para dictar sus clases y se encontraba con el atril que había utilizado Don Pablo para sus explicaciones de la clase anterior, despectivamente lo desplazaba de un manotazo, significando con ello su rebeldía ante la autoridad del Decano y su desprecio ante la necesidad de éste de tener que utilizar unos guiones para sus explicaciones, algo que él tenía a gala de prescindir. Es obvio que toda esta actuación teatral era fomentada y jaleada por los alumnos que entre clase y clase recogían el atril que previamente el bedel había retirado de la mesa y lo colocaban encima de la misma para que el airado profesor realizase el número diario del «atrilazo» ante el regocijo de todos. No creo necesario relatar lo que sucedió el día en que los alumnos decidieron clavar el atril contra la mesa.

Después de tres años largos de Decano, Don Pablo pasó a ocupar el Rectorado de la Universidad de Santiago a finales de 1974. No es necesario indicar el orgullo que la nominación de Rector supuso para toda la Facultad, yo diría que incluso para su enojado colega. Por tercera vez en la Historia, un farmacéutico alcanzaba tan alto honor en una Universidad de algo más de 500 años, como es la de Santiago: el primero había sido el Profesor Casares Rodríguez, el progenitor de la saga de los Casares (Casares Teijeiro, Casares Bescansa, Casares Gil) y el segundo el Profesor Montequi, ambos cate-dráticos de Química Inorgánica.

El día de su toma de posesión como Rector, el 8 de enero de 1975, en un acto solemne presidido por el entonces Ministro de Educación y Ciencia, Don Cruz Martínez Esteruelas y con presencia del Subsecretario del Ministerio, Don Federico Mayor Zaragoza y del Director General de Universidades, Don Felipe Lucena, se inauguró el Palacio de San Jerónimo como nueva sede del Rectorado, cuya remodelación había sido emprendida por sus antecesores, los Rectores Echeverri, García Garrido, Masaguer y Lucas Álvarez, y que llevaba el camino de las grandes obras, de no rematar nunca, hasta que Don Pablo le dio el impulso final en menos de un mes. Se trata de un edificio emblemático, que configura con los otros tres existentes en la plaza del Obradoiro-Catedral a la derecha, Ayuntamiento y sede de la Presidencia de Gobierno Autónomo a la izquierda, y Hostal de los Reyes Católicos de frente, un conjunto arquitectónico único. Los poderes eclesiástico, autonómico, municipal, empresarial y universitario se dan la mano en esta majestuosa Plaza. Al año siguiente de su inauguración, Don Pablo consiguió que en la festividad del Apóstol, los Reyes de España visitaran el edificio, firmando en el libro de oro de visitas del Rectorado, como anteriormente lo hicieran la Reina Isabel II y los reyes Alfonso XII y Alfonso XIII.

Tengo que decir que Don Pablo fue un buen Rector, por no decir un magnífico Rector, ante el temor de que se interpreten mis palabras como fruto del sentimiento y no de la razón. Pero, en realidad, su actuación al frente del Rectorado bien podría merecer este calificativo que, por otra parte, era el que le otorgaba el Presidente del Colegio de Farmacéuticos de La Coruña quien, despreocupado del título honorífico que correspondía a la figura del Rector, iniciaba sus intervenciones diciendo: «Magnífico Rector Don Pablo». Sus múltiples obras así lo atestiguan, pero permítanme que sólo haga referencia a alguna de ellas, en aras a la brevedad de esta intervención. La espectacular expansión física experimentada por la Universidad Compostelana a lo largo de los últimos años se debe a la tenacidad de Don Pablo por preservar los terrenos del denominado «Bosque de la Condesa» para el desarrollo del actual Campus Sur, en el que se ubican la totalidad de las Facultades del área de Ciencias Experimentales, las de Ciencias de la Educación y la mayoría de los Institutos Universitarios. Y esto es así porque el Rector Sanz Pedrero se opuso rotundamente al cambio de uso de esos terrenos para fines

inmobiliarios, tal como pretendían los poderes económicos compostelanos, apoyados por la complacencia de los organismos públicos y amparándose en la coartada de que muchas de esas viviendas iban a ser destinadas al profesorado. Un conocido abogado santiagués, de mucho renombre por su habilidad para ganar todos los «pleitos» que defendía, se acercó un día al Rectorado para proponerle a Don Pablo que aceptase el cambio de uso de estos terrenos, llevándole un plano con las viviendas individuales a construir y ofreciéndole como recompensa la elección del chalet que desease para su uso particular. Como era de esperar, y conociendo el carácter de Don Pablo, el abogado salió despedido fulminantemente del despacho del rector. Pero lo cierto es que el hábil abogado, curtido en los oficios de su profesión, no aceptó el fracaso inicial y volvió al día siguiente para ofrecerle dos viviendas, en lugar de una, al considerar que el ofrecimiento del día anterior era escaso. Los improperios y los gritos del rector todavía se oyen hoy a través de los gruesos muros del Palacio de San Xerome.

La creación de la Escuela Profesional de Óptica Oftálmica y Acústica Audiométrica de Santiago fue una obra importante de Don Pablo en su época de Rector, tal como fue reconocida por el Consejo General de Colegios Farmacéuticos que le otorgó su medalla de oro. Tras superar obstáculos y barreras de todo tipo, esta institución se puso en funcionamiento en febrero de 1975, contando con la ayuda de los Colegios Farmacéuticos que financiaron el montaje de sus instalaciones. Después de años de espléndido funcionamiento, período en el se formó a un millar de especialistas, utilizando la metodología didáctica que bien podría considerarse precursora de la que hoy en día se emplea en los cursos «másters», pasó a transformarse en la actual Escuela Universitaria de Óptica y Optometría. Cuando por aquel entonces, los ópticos denunciaban la «anormal» competencia por parte de los especialistas formados en esta Escuela, Don Pablo decía con razón: «la única anormalidad de esta Escuela es su normal funcionamiento con el escaso presupuesto que dispone».

Don Pablo poseía un carácter fuerte. Se trataba de una persona de firmes convicciones que las defendía en cualquier foro y en cualquier circunstancia. Era tenaz, pero al mismo tiempo hábil, dialogante y persuasivo para conseguir lo que se proponía. Uno de los objetivos que se marcó en la última etapa de su vida universitaria



fue la de elaborar un libro de Fisicoquímica dirigido a los alumnos de Farmacia y de Biología que cursan esta disciplina. Considerado como una quimera para muchos, logró su objetivo, y en 1992 la editorial Masson-Salvat publicó el libro «Físicoquímica para Farmacia y Biología», coordinado por el Profesor Sanz Pedrero, y en el que participaron profesores de esta área de conocimiento. Es de reconocer que en esta ingente labor contó con un escudero de lujo, el Profesor Don Salvador Senent, vallisoletano como él, docente entregado a la enseñanza de la Química Física, que se adhirió con tanto entusiasmo al proyecto como si fuese original de él mismo. Este hecho habla por sí sólo de la capacidad de liderazgo de Don Pablo en el ámbito de la Fisicoquímica española.

No era amigo de homenajes; no le gustaban las bandas, ni las cintas, ni los colgajos. Pero, ahora que no nos puede escuchar, a este acto en su memoria no se puede oponer. Se trata de algo de obligado cumplimiento, aunque sólo sea para reconocer públicamente sus importantes aportaciones a la Universidad compostelana y, en mi caso y en el de muchos otros compañeros, para testimoniar nuestro agradecimiento por su interés, su apoyo, su esfuerzo y por todas las atenciones personales recibidas a lo largo de su vida. Me queda la pena de que en estos últimos años, debido a su enfermedad, no fuese consciente de este justo reconocimiento de sus discípulos y de que pudiese disfrutar del mismo. A los que como yo, nuestro futuro se va encaminando hacia el pasado, nos gusta rememorar éste para intentar conseguir un futuro mejor. Este acto de homenaje a Don Pablo es, precisamente, un acto de auténtica justicia para alcanzar ese futuro mejor.

Decía Camus: «lo difícil no es conseguir el éxito, lo difícil es merecerlo». Don Pablo Sanz lo ha merecido con creces. Para ello, los hados lo han llevado a Compostela a través de un largo y fructífero peregrinaje que dejaron profundas huellas de su impronta en la ciudad del Apóstol. Que el hijo del Trueno le guíe ante el Señor.



## **Profesor Pablo Sanz Pedrero, como Académico y Compañero**

MANUEL DOMÍNGUEZ CARMONA

*Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia*

Excmo. Señor Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia, Doctor Reol Tejada; Excmo. Señor Presidente, Honorario, Profesor Santos Ruiz; Excma. Secretaria de la Academia, Profesora Francés; Excma. Señora Mercedes Pastor, viuda de Sanz Pedrero; Excmos. e Ilmos. Señoras y Señores Académicos, Señoras y Señores.

Agradezco vivamente la confianza que la Junta de Gobierno ha puesto en mí, para glosar en la Academia la figura insigne del Profesor Sanz Pedrero como Académico y Compañero, para lo cual no puedo aportar más mérito que haber sido amigo suyo, mérito que todos nosotros ostentamos; amistad no sólo personal sino familiar, concretada en inolvidables cenas familiares en unión del Profesor Espinós, con nuestras esposas. Vaya aquí mi emocionado recuerdo por su definitiva ausencia, mi reconocimiento y gratitud a esa amistad, que continuamente me demostró desde que llegué a Santiago y me incorporé al claustro de Fonseca, de la Facultad de Farmacia.

Vamos a recordar a un hombre, a un ser como al que se refería Antígona cuando profirió: «Muchas cosas hay admirables, pero ninguna lo es más que el hombre», lo que Menarco corroboró al decir: «El hombre, qué cosa tan maravillosa, ¡si es verdaderamente un hombre!» El Profesor Sanz Pedrero era el prototipo de este verdadero hombre. Ingresó en la Real Academia de Farmacia, nuestra Academia, como Académico Correspondiente en 1963 de la mano de su maestro el Profesor Ramón Portillo, llevando en su enorme currículum el apren-

dizaje, recibido en Uppsala, del Profesor Swedberg, entonces doctor jubilar, título ligado a una antigua tradición sueca, premio Nobel de Química de 1926, siendo director de esta casa el profesor Montequi. Su asistencia y colaboración fue constante, sólo interrumpida por su etapa compostelana al ganar la Cátedra de Físico-Química y Técnica-Física de la Facultad de Farmacia de Santiago en donde, como nos ha recordado el Profesor Miñones, desarrolló una importante labor de la que destaco, porque lo fue en la consideración del Doctor Sanz Pedrero, la creación y puesta en funcionamiento de la Escuela Profesional de Óptica Oftálmica y Acústica Audiométrica, que es modélica de este tipo de enseñanzas, que sigue siendo hoy día una institución de la que la Universidad compostelana se siente orgullosa. Probablemente este mérito, junto con otros, fue determinante para que el Consejo General de Colegios Oficiales de Farmacéuticos de España concediera al Profesor Sanz su medalla de oro. Fue Decano de la Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela y de inmediato Rector de aquella Universidad en unos difíciles tiempos de la transición política en la que desarrolló una fecunda tarea.

En 1983 le cupo el honor y el orgullo de ser nombrado Académico de número de esta Real Academia, siendo Director el Profesor Santos Ruiz, maestro suyo. Su discurso titulado «Nuevas técnicas polarográficas» es un verdadero tratado científico de esta técnica de investigación para cuantificar y sobre todo para indagar las propiedades de las moléculas, tema elegido para honrar la memoria de su principal maestro, el Profesor Portillo. Cada vez que vengo a la Academia recuerdo, al pasar delante del bar de la esquina, la alegría con la que celebramos un grupo de íntimos el ingreso del nuevo Académico y la calidad de su discurso. Desde esa fecha, su asistencia fue constante, acudía los jueves con el Profesor Vían, al que le unía una gran amistad, grupo al que más tarde se amplió con otro compañero de viaje, el Profesor Gaspar González. Su participación en las actividades académicas fue entusiasta, a las que siguió asistiendo casi hasta el final. Aquí en la Academia, el Profesor San Pedrero pudo continuar su relación con otros inolvidables profesores procedentes de la Universidad compostelana; sería interesante saber porqué razón, y puedo asegurar que no se trataba de ningún tipo de presión, esa concentración de profesores compostelanos, entre los Académicos de número de los que desde que soy Académico recuerdo a vuela

pluma a Otero, Cadórniga, Cabezas, Domínguez Gil Urlé, Espinós, Ruiz Amil, Antonio Martínez, Giráldez, Serranillos, Miñones y yo mismo. Colaboró con los magníficos y sucesivos Presidentes de la Academia, los Doctores Santos Ruiz, Cadórniga, Villanueva y Reol. Mucho le gustaba al Profesor Sanz Pedrero destacar que tuvo el privilegio de ocupar un despacho en el Antiguo Colegio de Fonseca, creado en 1857, siendo ministro de Instrucción Pública Don Claudio Moyano Samaniego, curiosamente antepasado de Mercedes Pastor Moyano, la esposa de Pablo. Don Claudio Moyano fue el autor de la famosa Ley Moyano, que reguló y modificó las materias a impartir en las nuevas Facultades de Farmacia. En homenaje a Claudio Moyano, Madrid le dedicó una calle en la que se siguen vendiendo libros de segunda mano, importante referente en la historia cultural de Madrid.

Santiago fue un hito en su vida familiar y universitaria. Por los claustros de Fonseca pasaron alumnos insignes como Don José Rodríguez Carracido, Catedrático de Química de la Universidad de Madrid, y después Rector de dicha Universidad. El Doctor Antonio Casares Rodríguez, primer decano de la Facultad de Farmacia compostelana, y luego Rector de aquella Universidad, entre otros miembros gloriosos ligados a esta mítica Institución Universitaria. Pablo comenzó su andadura universitaria en una de las épocas más difíciles para la docencia y la investigación científica, pero se suplía con ilusiones y promesas, lo que normalmente deberían haber sido realidades.

Durante todos estos años, Pablo desarrolló en la Academia una importante labor científica. Pablo no era un asistente pasivo de nuestras sesiones. Como ejemplo de lo que decimos, debo destacar sus Conferencias de los jueves desde nada menos que en 1957, en la que versó sobre «La determinación polarográfica de cantidades mínimas de manganeso en presencia de otros metales». En todas sus conferencias dadas en esta casa vertía su amplia preparación básica y su propia experiencia personal. Exponía con clara sencillez, sin presunción, pero con autoridad. De todas ellas guardo un excelente recuerdo, pero quisiera destacar la auténtica lección sobre la fisicoquímica del agua formando parte de un Seminario sobre el Agua, porque gracias a ella aprendí algo de la maravilla que encierra una molécula de  $H_2O$ . Consciente de la importancia que para la salud

tienen los metales que aún en mínimas cantidades están en el aire, agua y alimentos, impartió una serie de conferencias relacionadas con esta problemática y especialmente bajo el prisma de las técnicas de análisis polarográfico y espectroscópico como las tituladas: «Determinaciones espectrofotométricas del mercurio en orina y la de otros metales biológicos», «Nuevo método polarográfico para la determinación del manganeso en los cereales cultivados en España», «Determinación del plomo y otros metales en sangre y orina por espectrofotometría». Memorable fue su lección titulada «Toxicología del óxido de carbono y la técnica de su determinación en el aire». Además intervenía a menudo en las sesiones presentadas por otros Académicos, sin humillar a quien le hubiera interpelado y participaba muy activamente en las reuniones en las que se gestionaba la administración de esta casa, dando su opinión siempre oportuna y sensata.

Pablo, también era Pedro, es decir, como el Apóstol, era piedra o de otro modo fortaleza, seguridad y firmeza que trascendía a todos y a todo. Es posible que hoy día en la que todo es acomodaticio, la firmeza de Pablo pudiera ser considerada rigidez e intolerancia, pero en lo importante hay que ser firmes para servir de apoyo a quienes somos débiles. Firmeza que no excluía la benevolencia, la tolerancia, el diálogo y la cordialidad; intolerancia, sin transigir con el error y aún menos con la mentira y con la cobardía de los tibios. No se va al desierto a ver el bamboleo de una caña movida por el viento, sino a quien dice la verdad y la mantiene; vehemente, defendiendo sus posiciones, después de larga reflexión. Cuando tomaba una decisión, era muy meditada, apoyando sus argumentos en la razón y la defendía desde el respeto hasta las últimas consecuencias; algún compañero le decía en tono cariñoso: «Pablo eres un tanque». Sabía ganar y perder, confesaba aprender más de los fracasos que de los éxitos y todo lo hacía con entusiasmo, palabra que etimológicamente significa «estar poseído por el espíritu de Dios».

Fuerte, recio como un roble o, si se quiere, como un carballo, pues en ambas regiones españolas Castilla y Galicia se formó y formó a otros. Recto, insobornable y lo era cuando fue Excmo. y Magnífico Señor Rector de la querida Universidad Compostelana o cuando impartía su magisterio en la Universidad Complutense y en la citada de Santiago de Compostela o, simplemente, como Pablo cuan-

do se reunía con sus amigos. Así fue Pablo y así lo recordamos. Aún recuerdo, con admiración, su actitud decidida y valiente en los conflictos estudiantiles, especialmente frente a la gran presión que ejercían padres y familiares de los excluidos ante la limitación del número de nuevos alumnos, que la Facultad de Medicina de Santiago quería establecer para racionalizar la enseñanza de la Medicina que, curiosamente, se resolvió con la creación de una segunda Facultad de Medicina en Santiago a unos 200 metros de la «antigua», situación que persistió unos dos cursos académicos. Una característica del modo de ser del Profesor Sanz Pedrero era su sentido de la Justicia. Es fácil ser justo cuando no se pierde nada personal en serlo; en cambio cuando se pueden perder posibilidades, cuando conlleva riesgos el ser justo es enormemente meritorio. Con justicia, actuó el Doctor Sanz Pedrero cuando, siendo profesor adjunto, se opuso a su admirado maestro el Profesor Portillo quien, lógicamente, deseaba promocionar a los alumnos internos, al apoyar para la matrícula de honor a un brillante alumno que, por cierto, es hoy un ilustre Catedrático de Universidad. Otro ejemplo, del sentido de la justicia del Profesor Sanz Pedrero; siendo Rector de la Universidad Compostelana, se recibió en el Rectorado un escrito ministerial que ordenaba vender a sus inquilinos unas viviendas para Profesores, y que en caso de no aceptar la compra, aquéllos deberían dejar las viviendas; las condiciones de la venta eran muy beneficiosas, pero Pablo consideró que la operación era lesiva para la Universidad en cuyo campus, o al menos contiguo a él, estaban las viviendas. Pablo intervino ante el Ministerio quien, lógicamente, rectificó su decisión, la cual supuso no ya sólo que el Profesor Sanz Pedrero perdiera una magnífica y baratísima vivienda, sino, lo que a mi juicio era más grave, que también la perdiera quien ahora os habla.

Pablo era un hombre especialmente sencillo, llano como su tierra castellana, de mente abierta, sabiendo siempre estar en su sitio. Su vida estuvo marcada además de por su familia por su trabajo, a los cuales dedicó su entrega y esfuerzo. Trabajador infatigable, nadie le regaló nada, todo lo consiguió por méritos propios: obsesionado por el cumplimiento del deber, disciplinado sin dejar nada a la improvisación, unido a una gran dosis de imaginación.

Investigador serio y riguroso, tenaz y constante, docente entregado. La preparación de sus clases fue tarea de una importancia capi-

tal para él a la cual dedicó gran parte de su tiempo. No es cierto que los demás profesores de la Universidad de Farmacia se hubieran quejado de tener que dar saltitos para escribir en la pizarra, puesta a la altura del Profesor Sanz Pedrero; en todo caso, la dificultad era la de poder mantenerse a su altura científica. También dedicaba una gran atención al laboratorio, a las prácticas de los alumnos que revisaba personalmente, inculcando a sus colaboradores la trascendencia de éstas en la formación integral del alumno.

Estuvo rodeado del mutuo respeto y reconocimiento de sus discípulos y colaboradores, a los que procuró ayudar y aconsejar desde su experiencia a través de su larga trayectoria universitaria; sentía un gran orgullo de sentirse superado por ellos, lo que es el distintivo del verdadero maestro. Las grandes responsabilidades que le fueron encomendadas, y que tuvo el honor y el privilegio de desempeñar, las asumió con espíritu de servicio; fue un servidor de la Universidad española y ésta se lo reconoció, otorgándole la más alta condecoración, la Gran Cruz de Alfonso X El Sabio.

El Profesor Sanz Pedrero era ávido lector de prensa, seguía con gran interés la política, aunque nunca fue político. Fue Procurador en Cortes, y como tal intervino en la transición política. En vacaciones leía libros de historia, disfrutaba con la obra de Don Antonio Cánovas, de cuya fundación fue patrono. Con Vian y Schüller fue Patrono de la Universidad Europea de Madrid, en donde organizó numerosos Cursos de Verano en Marbella.

Era muy sociable, con gran sentido del humor. Hombre de tertulias, en Santiago era asiduo de la del Aeroclub «El Senado», al que asistían profesores universitarios, médicos, farmacéuticos, y otras muchas personas representativas de la sociedad compostelana. En Madrid la del Mindanao, los primeros lunes de mes.

Con sus compañeros Luis Suárez Fernández, Rafael Álvarez-Ossorio, Alvarado, Rabade. Su peña de Río Negro, en Hilarión Eslava, era especialmente de Notarios, Registradores y profesores universitarios.

Participó en la famosa excursión a Fuentes Carrión organizada por los Profesores Ángel Vian y Felipe Calvo, Académicos ambos de nuestra casa y la del Profesor Schüller de la de Medicina, a coger los



lirones, esas preciosas flores amarillas en forma de trompeta que hicieron famosos a los daffodils de Cambridge.

Pablo, siendo científico, era un humanista; vivió, como diría Ortega: «caminando hacia una meta». Su inquietud lo llevaba a participar en numerosas actividades culturales; era frecuente encontrarlo en muy diversos acontecimientos acompañado de Mercedes. Las vacaciones de verano las pasaba en su casa de la tierra de campos a orillas del Volpajera, donde se libró la batalla del mismo nombre entre Sancho II de Castilla y Alfonso VI de León, en la que, según la tradición, participó el Cid. Sus paseos a la puesta del sol seguía las labores del campo con interés, era hombre de campo, hijo de labrador. No era cazador, pero a veces, acompañado de algún sobrino, tiraba a las perdices y solía traer alguna de ellas a casa para dar trabajo en la cocina. Antes de terminar, no quisiera dejar de citar a las Instituciones, compañeros y discípulos más allegados que le honraron con su reconocimiento y amistad. Sus amigos eran numerosos y aunque sólo lo fueran por ser amigos de Pablo, eran ilustres.

Destacamos al eminentísimo Señor Cardenal de la Diócesis de Madrid, Doctor Don Antonio María Rouco Varela; al profesor Shüller, presidente de la Real Academia Nacional de Medicina; a Sánchez del Río, presidente de la Real Academia de Ciencias; a Fraga Iribarne, Presidente de la Comunidad gallega; Del Castillo García, Decano de la Facultad de Farmacia de la Universidad Complutense; a Miñones Trillo, Decano de la Facultad de Farmacia de Santiago; los jesuitas Rodríguez Izquierdo, Álvarez-Quñones y Díaz de Rábago, y ya sin mencionar títulos que alargarían mucho esta relación, Senent Pérez, Manuel Ortega Mata, Serafín García, Cortijo Mérida, García Blanco, Varela Iglesias, Ruiz Cabello, Chantres, Begoña y Mariam Elorza, José González Jiménez, López Fonseca, Benito Regueiro, Jaime González Carreró, José Luis Vila Jato, Calleja, Concheiro, De Miguel, Recio Pascual, Ortiz Manchado, Rosa Castro, Palomares Ibáñez, y etc., etc.

Un rasgo importante de Pablo era su patriotismo, entendido éste no como patriotismo. La palabra «patria» procede de pater, es decir, del grupo familiar, ampliado. El hombre, ser social por excelencia, se constituye formando grupos que comienzan con la familia, sigue con el clan, la tribu, el pueblo, la nación, etc., que son los

vehículos para que grupos de hombres sirvan a la Humanidad. **La patria es después de la familia, una de las instituciones primarias de la vida humana. Es la humanidad próxima a la que debemos lealtad.** La Patria como concepto, como constructo, podrá tener unos descriptores geográficos, paisajísticos, étnicos, culturales, lingüísticos, religiosos y sobre todo históricos, y se constituye en nación, es decir, en entidad, en la cual se pueda ejercer la actividad personal, laboral, social y política, como nos enseñaron básicamente Kant y Sieyes desarrolló la Ilustración y adoptó la Revolución Francesa, madurando en el siglo XIX, cuando la meta son valores universales, en lugar de los étnicos o locales que se incorporan a las Constituciones (Stemberger, 1979), hecho que considero positivo si para mantenerlos se respetan los principios éticos y morales. En cambio, el patriotismo definido como el amor por el propio país, simplemente porque es el nuestro, no es una virtud. Un uso espúreo de la Patria es su utilización como mecanismo compensador de nuestra personalidad, cuyas propiedades las hacemos nuestras; si nuestra Patria (o equipo de fútbol o lo que sea), es grande, yo también lo soy. La máxima patrioterica inglesa que he visto esgrimida por pueblos de habla no inglesa, concretamente en Angola, «my country right or wrong», siempre me ha parecido una monstruosidad; la verdad debe prevalecer siempre, y si mi patria no defiende la verdad, la justicia y la paz, no debe ser mi patria o, en todo caso, sería una patria deforme y morbígena. El amor a la Patria no debe basarse en el orgullo «porque es la mía». De este modo, la Patria sería la representación del egoísmo, de la cerrilidad, de la arrogancia, de la indiferencia o del desprecio hacia los otros. Pablo Sanz concebía a la Patria, a España, como el ámbito en el que servir a los demás y por ello Pablo sentía el orgullo de ser español.

El ser social, el animal social que decía Aristóteles, no se puede concebir aislado como si se tratara de una pieza de anatomía. Su familia fue todo para él, a sus padres siempre les recordó con respeto, agradecimiento y cariño. Pablo formó una familia; compartió con su esposa Mercedes, su compañera durante 49 años de matrimonio, sacrificios, proyectos, ilusiones y desilusiones; su vida entera. No tuvieron hijos, pero Dios les ha proporcionado queridos sobrinos cuyo cariño, filial, los han reemplazado sobradamente. La auténtica paternidad no son los hijos biológicos, que tiene su fundamento en

una determinada secuencia de bases nitrogenadas, sino el afecto paternal que se derrama sobre otros, en este caso sobre sus sobrinos. No se concibe a Pablo Sanz sin Mercedes Pastor, de quien Pablo, lo sé, se sentía protector y al mismo tiempo admirador orgulloso y enamorado. La fortaleza psíquica de Pablo no era completa sin el contrapeso de su mujer, sensible y culta sin pedantería. Pero mejor que yo, lo dijo aquí, en este mismo salón, el propio Pablo, quien en su abundancia *cordis* rompió la solemnidad de lo académico para decirnos: «Mi incomparable agradecimiento a mi más directa y permanente ayuda y aliento, a mi esposa Mercedes, que en todo momento ha sabido, no sólo aceptar generosamente el sacrificio de gran parte de nuestra vida familiar, sino también aconsejar e inspirar ánimos de superación frente a cualquier momento de desfallecimiento. A Dios nunca agradeceré lo suficiente el don de su presencia a mi lado y a que mi vida, siempre con ella, se vea enriquecida, van dirigidas mis plegarias de cada día». El cónyuge de una persona no es la media naranja. La unidad de un casado es el matrimonio y el tratar a uno de los miembros del mismo aisladamente es amputar a los dos. El «hasta que la muerte os separe» me parece un error; sabemos que después de la muerte no hay sexualidad, pues ya no se necesita la reproducción, pero la muerte no corta la trascendental unión que supone el matrimonio. Pablo y Mercedes, Mercedes y Pablo constituían y siguen constituyendo una hermosa unidad. El animal enfermo que es el hombre padece a lo largo de su vida muchas enfermedades, pero hay una, la definitiva, aquélla que nos va a quitar la vida y que va a estar presente en nuestra muerte y que por ello va a ser nuestra enfermedad, a la que por eso debemos respetar y hasta amar. Recordemos el místico «Ven muerte tan escondida, que no te sienta conmigo...». La destrucción neuronal, la de la sinapsis, que aparecen en el Alzheimer, va rompiendo las conexiones de los enfermos con el perimundo, con los demás, lo que tanta tragedia supone para los familiares de los enfermos, pero no sabemos, no podemos saber porque no se deben a los circuitos nerviosos, las relaciones que determinan nuestro yo; estoy seguro que Pablo, como los demás enfermos, habrá mantenido largos, íntimos y enriquecedores coloquios consigo mismo. Por último, cristiano y católico practicante; ya habrá comprobado lo que San Pedro nos dejó escrito en su primera Carta: «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de

Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo».

Estamos recordando al Profesor Sanz Pedrero. Recordar es pasar de nuevo por el corazón. Por eso, al final de mi intervención, he vuelto a rebobinar la figura de Pablo Sanz, nuestras conversaciones en las reuniones con nuestras Mercedes. Creemos con Julián Marías, que el nacimiento de un ser humano es una innovación radical de la realidad, una creación, es decir, la aparición de una realidad nueva e irreductible, lo que hace impensable ni imaginable que con la muerte sobrevenga la aniquilación, la eliminación de la persona, sobre todo cuando muere alguien a quien, como Pablo, queremos.

En este recuerdo de una vida intensa, comprometida, siempre viviéndola, asumo la pena sentida por los que día a día, a lo largo de toda la fecunda trayectoria académica y personal del Profesor Sanz Pedrero y que han sabido compartir sus ilusiones e inquietudes científicas, con el afán de una constante superación en la apasionada dedicación a la investigación y la docencia en las Cátedras Físico-Química de las Universidades de Santiago y Complutense, a sus numerosos discípulos, muchos de ellos eminentes profesores y, desde luego, a la persona con la que compartió la vida, la salud y la enfermedad, las ilusiones y los desfallecimientos, es decir, a Mercedes Pastor Moyano, a la Excma. Señora de Sanz Pedrero a quien en nombre propio y en el de todos los Académicos deseo expresar nuestro respeto y pesar. Descanse en paz.

## **Carta a Don Pablo**

M.<sup>a</sup> TERESA MIRAS PORTUGAL

*Académico de Número de la Real Academia Nacional de Farmacia*

Excma. Señora Doña Mercedes Pardo Moyano, viuda de Don Pablo Sanz Pedrero; Excmo. Señor Presidente, Excmas. Señoras y Señores Académicos, Señoras y Señores.

Muchas gracias, Señor Presidente, por permitirme testimoniar mi afecto al Profesor Sanz Pedrero.

Como el tiempo es escaso, para utilizarlo de modo preciso, he pensado en una breve carta:

Querido Don Pablo:

Tengo curiosidad por saber si en los laboratorios del paraíso se gastan novatadas a los recién llegados, y usted enseguida comprenderá la razón.

Seguramente recuerda usted nuestra querida y añorada Facultad de Fonseca en Santiago de Compostela. Era en octubre de 1965 cuando comenzaba el curso selectivo, la primera vez que se impartía en la Facultad de Farmacia. Yo tenía por aquel entonces diecisiete años. En el primer cuatrimestre, Don Jaime González Carreró impartía la química, Don Luis Alias Josafat, la geología, y Don Pablo Sanz Pedrero, de imponente presencia y voz sonora, la física. El aula de la planta baja, dispuesta como los anfiteatros romanos, sólo que de madera vieja, crujía a cada movimiento, cosa que molestaba a Don Pablo, con lo que hasta los apuntes se tomaban con delicadeza para no arriesgarse...

Era la época de los alumnos internos y pasé con éxito un examen para ser admitida como tal en la cátedra de química inorgánica. Una vez en el laboratorio, los jóvenes investigadores, Florencio y Pacolas, que realizaban la tesis doctoral con don Jaime, se quedaron, según ellos, escasos del óxido de deuterio,  $D_2O$ , también conocida vulgarmente como agua pesada. Como estaban muy ocupados, me pidieron que, por favor, me acercara a la Cátedra de Física, que estaba en la misma planta, a pedir un litro del susodicho líquido, dándome a tal efecto un vaso de precipitados. Alegre y confiada, y además deseando ser útil en tan noble tarea, me acerqué a la Cátedra de Física, Fisico-química y Técnicas Instrumentales a realizar el encargo. Me recibió otro joven, el Profesor Miñones, quien muy amablemente me dijo que él me la daría encantado, pero que por respeto y buen proceder debería de solicitarla al nuevo catedrático, Don Pablo, que había llegado de Madrid. Me introdujo muy cortésmente en el despacho de Don Pablo, donde sin ningún asomo de duda, con absoluto desparpajo y naturalidad procedí a solicitar el óxido de deuterio. Don Pablo pasó de la sonrisa amable del recibimiento al más absoluto de los enfados, diciéndome, entre otras cosas: que los estudiantes de hoy día ya no eran como los de antes, que no teníamos nivel para estar en una facultad y que había una falta de respeto total al trabajo del profesor (recuerden que esto ocurría en el año 1965 y algunos profesores siguen diciendo lo mismo hoy día). Pero si-gamos, yo no entendía nada, traté de mantener mi dignidad, aunque bien podía haber llenado el vaso de lágrimas, el de precipitados, de lo mal que me encontraba. Entre la cara de asombro que debí de poner y la media sonrisa del Profesor Miñones, Don Pablo cayó en la cuenta del pardillo/o pardilla que le habían enviado, la novatada había sido doble y él la segunda víctima. Me dijo: vállase, vállase, y una vez entornada la puerta del despacho, escuche al otro lado la más sonora de las carcajadas, sin lugar a dudas de Don Pablo. Luego, cuando me encontraba en clase o en prácticas me preguntaba si ya tenían agua pesada los de química.

Por vergüenza me documenté *a posteriori* de todo lo referente al agua pesada y comprendí que una cosa eran los libros, en donde todo existía y era accesible, casi como en sueños, y otra la realidad de lo disponible, y que por agua enriquecida en deuterio se habían invadido países en la segunda guerra mundial.

Siete años más tarde, en 1972, realizando mi tesis doctoral en Estrasburgo, volví a encontrarme con el óxido de deuterio, esta vez para identificar la presencia de una histidina reactiva en el centro catalítico del enzima de síntesis del neurotransmisor Noradrenalina, la Dopamina-beta-hidroxilasa, pues las cinéticas de ionización se desplazaban en 0.5 unidades de pH al ser realizadas en agua pesada. Hice un brindis por don Pablo, pues no se me hubiera ocurrido hacer el experimento sin el bagaje previo.

Treinta años más tarde, en 1995, tuve el privilegio de coincidir con Don Pablo en esta Real Academia y le recordé la anécdota con regañina incluida, lo que le hizo mucha gracia, pues él también se acordaba. Esto generó un gran afecto y aprecio mutuo, que ha sido, por mi parte, sentido como un gran privilegio.

Seguramente, ya habrá pasado con nota su examen de novato en los laboratorios y reboticas del paraíso, y estas escasas líneas son el modo de testimoniarle mi recuerdo y gratitud por su Magisterio.

Gracias, Don Pablo.